

El horizonte ético alimentario: la política del cuidado

Traducción de Nadia Talamantes

Los valores centrales del horizonte ético alimentario (ethical foodscape) –la integridad ecológica y la justicia social– pueden adoptar formas políticas muy distintas a menos que se configuren en una narrativa de la sostenibilidad coherente y progresiva. Para tal fin, el presente artículo indaga en la literatura referente a la política del cuidado para explorar cómo y por qué cuidamos a otros. Para examinar estas cuestiones más a fondo, apelamos a la controversia en torno a la etiqueta de la huella de carbono en los productos para ilustrar los conflictos potenciales entre los ecologistas (que ensalzan los beneficios de los alimentos de procedencia local) y los activistas de la justicia social (que defienden los alimentos comercializados desde lejos con criterios de comercio justo). Posteriormente, recurrimos a la reforma de las políticas alimentarias en las escuelas para demostrar que los productos locales y globales, lejos de ser opciones mutuamente excluyentes, pueden contribuir a la conformación de un sistema alimentario sostenible si los alimentos de procedencia global se enmarcan en un ámbito cosmopolita.

La alimentación es uno de los prismas fundamentales desde los cuales explorar la pobreza mundial y el desarrollo sostenible, sin duda los dos mayores desafíos que afronta la comunidad global en el siglo XXI.¹ Más allá de su estrecho vínculo con la naturaleza, la excepcionalidad del sector agroalimentario radica principalmente en el hecho de que ingerimos sus productos. El alimento es vital para la salud y el bienestar humanos de una forma que los productos de otras industrias jamás podrán serlo, y esta es la razón por la que le conferimos tanta importancia. Por su singular papel en la reproducción humana, en la configuración de nuestro desarrollo cognitivo y físico, la alimentación es el índice supremo de nuestra capacidad para el cuidado

Ana Moragues y
Kevin Morgan,
departamento de
Planificación y
Geografía, Cardiff
University

¹ N. Stern, *The Global Deal*, Cambridge University Press, Cambridge, 2009.

de nosotros mismos y de otros, sean nuestros “más cercanos y queridos” o sean “desconocidos a distancia”.

Hasta hace poco, son dos las narrativas políticas que se disputaban la atención de autoridades y consumidores en materia de alimentación: la narrativa agroalimentaria convencional, que ha dominado la política prevaleciente desde la década de 1930, y la narrativa agroalimentaria alternativa, que surgió en respuesta a lo que percibíamos como los efectos nocivos de la agricultura convencional sobre la salud humana y el medio ambiente.² Aun cuando la narrativa alimentaria alternativa abarca una amplia variedad de valores del producto, éticos, ecológicos, locales o relativos al comercio justo, solía ser definida en oposición a la narrativa convencional, que estaba indefectiblemente asociada a un modelo agroalimentario intensivo, industrializado y productivista que primaba la cantidad por encima de la calidad, el precio sobre la procedencia.³ Con todo, estos productos alternativos tienen además algo más positivo en común: al adoptar y defender ciertos “valores en acción”, contribuyen y forman parte de lo que podríamos llamar el horizonte ético alimentario (*ethical foodscape*),⁴ que consagra valores asociados con la integridad ecológica y la justicia social, dos rasgos fundamentales de un sistema agroalimentario sostenible.

Recientemente, sin embargo, esta narrativa alimentaria alternativa ha estado sujeta a presiones: exógenas, ejercidas por el sector convencional, donde algunos productos de consumo generalizado aseguran ofrecer una combinación más rentable de precio y procedencia; y endógenas, nacidas de las propias tensiones en el interior del horizonte ético alimentario. Un buen ejemplo de estas se produjo cuando Tesco, la mayor cadena de supermercados de Reino Unido, decidió poner etiquetas de la huella del carbono en todos sus productos. La iniciativa formaba parte de otra más amplia por parte de los supermercados, y respaldada por grupos ecologistas, de relocalizar el sistema alimentario global en nombre de la sostenibilidad. Estas decisiones desencadenaron una reacción polarizada alrededor del mundo como analizaremos en este artículo, que plantea importantes interrogantes sobre

² B. Ilbery, M. Kneafsey, «Registering regional speciality food and drink products in the UK: the case of PDOs and PGIs» *Area* 32, 2000, pp. 317-325. T. Lang y M. Heasman, *Food Wars: The Global Battle for Minds, Mouths and Markets*, Earthscan, Londres, 2004. D. Maye y L. Holloway, M. Kneafsey (eds.), *Alternative Food Geographies: Representation and Practice*, Elsevier, Oxford, 2007. C. Potter, *Against the Grain: Agri-environmental Reform in the US and the EU*, CABI, Wallingford, Oxon, 1998; S. Whatmore y L. Thorne, «Nourishing networks: alternative geographies of food», en *Globalising Food*, D. Goodman, M. Watts (eds.), Routledge, Londres, 1997, pp. 287-304; A. M. Moragues-Faus y R. Sonnino, «Embedding Quality in the Agro-food System: The Dynamics and Implications of Place-Making Strategies in the Olive Oil Sector of Alto Palancia, Spain», *Sociologia Ruralis* 52, 2012, pp. 215-234.

³ T. Marsden, «Theorising food quality: some key issues in understanding its competitive production and regulation», en M. Harvey, M. McMeekin, A. Warde (eds.), *Qualities of Food*, Manchester University Press, Manchester, 2004, pp. 129-155; K. Morgan, T. Marsden, J. Murdoch, *Worlds of Food: Place, Power and Provenance in the Food Chain*, Oxford University Press, Oxford, 2006.

⁴ N. de la T.: Los autores usan en inglés una expresión de complicada traducción: “ethical foodscape” contiene el sufijo “-scape”, que conlleva una connotación de apertura, pero también de variabilidad según la posición desde la que se observa. De allí que se emplee a menudo para aludir a perspectivas culturales. Es por esta razón que se optó por el término horizonte: horizonte ético alimentario.

el horizonte ético y su aportación al desarrollo sostenible. Para explorar estas cuestiones más a fondo, abordaremos a continuación las distintas perspectivas teóricas de la geografía política del cuidado, a saber, cómo y por qué cuidamos a los otros. En el siguiente apartado abordaremos algunos de los valores del horizonte ético alimentario y nos centraremos en el debate sobre el etiquetado de la huella de carbono, que amenazó con crear divisiones entre los ecologistas partidarios de los alimentos “locales” y los defensores de los alimentos “de comercio justo”. A continuación, exploraremos las estrategias alimentarias públicas que han intentado superar estas tensiones al integrar los valores de lo “local y ecológico” con lo “global y justo” en sistemas alimentarios híbridos y cosmopolitas, enfatizando el punto de que las cadenas alimentarias sostenibles no son sinónimo de cadenas alimentarias locales.

La política del cuidado

La literatura nos presenta distintos conceptos orientados a construir un sistema alimentario más sostenible y justo, que combinan las nociones de ética, consumo y ciudadanía. Sin embargo, si bien muchas de las razones que sustentan nuestras filiaciones esgrimen o reivindican una responsabilidad moral, no resultan igualmente convincentes. Si los más pobres son los que han de recibir mayor ayuda,⁵ dicha ayuda debería ser más sustancial que las modestas formas de solidaridad plasmadas en el consumo ético (el poder adquisitivo privado que apoya los productos del horizonte ético alimentario y que refleja la expresión privada del cuidado por parte del consumidor consciente). Lo cierto es que, habrá que construir una nueva política del cuidado puesto que, en los interminables debates sobre cómo resolver el hambre en el mundo, el elemento ausente es la falta de voluntad política y no tanto la falta de recursos.⁶

Una nueva política del cuidado tiene dos rasgos distintivos: (1) define el cuidado, ante todo, como una acción de la esfera pública y no de la esfera privada; y (2) aplica la ética del cuidado a escala tanto global como local, desafiando la caracterización tradicional del cuidado que se identifica con el principio de proximidad: nos preocupamos por las personas “más próximas y queridas”. Para explorar la nueva política del cuidado, establecimos un marco teórico que va más allá del consumo ético para adentrarse en el ámbito más amplio y multidimensional de la ciudadanía ecológica, y pretendemos explicar cómo y por qué cuidamos y nos preocupamos por otros.

Nadie ha contribuido más a rescatar el concepto del “cuidado” del gueto del ámbito privado que la teórica feminista Joan Tronto, quien se aleja de la noción de que el cuidado es

⁵ UNDP, *Fighting Climate Change: Human Solidarity in a Divided World*, United Nations Development Programme, United Nations, Nueva York, 2007.

⁶ FAO, *The State of Food Insecurity in the World*, Food and Agriculture Organization, Roma, 2006.

esencialmente un asunto privado, asociado de manera natural al ámbito personal y a los valores femeninos en particular. Tronto⁷ sostiene que repensar la política del cuidado «exige que pensemos en el cuidado en un contexto más amplio posible, el de la esfera *pública*». Esto a su vez exige que pensemos en las necesidades de todos los seres humanos, no solamente de aquellos que tienen poder suficiente para que se sienta su necesidad.

Tronto argumenta que la cuestión más profunda que nos acomete hoy es la cuestión de la otredad, el cómo convivir con «otros» que no son como «nosotros». Sin embargo, Tronto advierte que los “otros” pueden estar espacialmente cerca de nosotros pero socialmente lejos, es decir, no se trata necesariamente de “otros distantes” en el simple sentido geográfico del término. Tronto ofrece un poderoso argumento sobre por qué el concepto del cuidado debería ser abordado más seriamente en la teoría y la práctica políticas, y por qué, en especial, debería ser visto como una responsabilidad legítima de la esfera pública y no estar confinado a la esfera privada, un argumento que ha desatado un intenso debate sobre la política del cuidado.⁸

Los debates actuales sobre el cuidado, sobre esa responsabilidad que conlleva y por qué cuidamos y hasta dónde debemos cuidar, han despertado un renovado interés por los filósofos escoceses de la moral, quienes estaban profundamente interesados en la cambiante relación entre la distancia y los afectos a medida que el comercio capitalista creaba un mundo más dilatado e impersonal de transacciones humanas. Para David Hume (1711-1776), el problema de la creciente distancia social y espacial alcanzaba ya una magnitud tan grande que el efecto distancia-declive sería inevitable, por cuanto los seres humanos, en su opinión, naturalmente albergarían menos simpatía por las personas lejanas que por las personas cercanas.⁹

Esta interacción entre la distancia y los afectos fue desarrollada luego de una forma más compleja por Adam Smith (1723-1790). Aunque Smith reconocía que la compasión humana estaba sujeta al efecto distancia-declive, intentó resolver el dilema, así como el problema más general de la conducta moral en un mundo cada vez más impersonal, recurriendo a los principios morales universales del autocontrol y del interés propio. El autocontrol, para Smith, estaba sustentado «por el sentido de decencia, por la consideración a los sentimientos del espectador supuestamente imparcial». ¹⁰ Este “espectador imparcial”; una suerte de encarnación de la razón, la conciencia y los principios, debía ser el regulador de nuestra

⁷ J. Tronto, *Moral Boundaries: A Political Argument for an Ethic of Care*, Routledge, Nueva York, 1994, p. 178 [cursivas originales].

⁸ V. Held, *The Ethics of Care: Personal, Political, and Global*, Oxford University Press, Oxford, 2005; D. Massey, *World City*, Polity Press, Cambridge, 2007; D. Smith, «How far should we care? On the spatial scope of beneficence», *Progress in Human Geography*, 1998.

⁹ D. Hume, *A Treatise of Human Nature*, Oxford University Press, Oxford, 1978.

¹⁰ A. Smith, *The Theory of Moral Sentiments*, Oxford University Press, Nueva York, 1976, p. 263.

conducta moral, nuestro mejor yo por así decirlo, el recurso mediante el cual nos ponemos en los zapatos de los otros. El interés propio, por otro lado, era una manera de lidiar con el problema de la conducta moral en un mundo comercial e impersonal. Es decir, Smith esperaba y creía que una forma más calculada de la virtud, a saber, el propio interés, ayudaría a regular la conducta entre personas que no se conocían de manera personal o directa debido a la distancia espacial, como los nuevos socios comerciales en los polos opuestos del mundo, por ejemplo.

Repensar la política del cuidado exige que lo pensemos en el contexto más amplio posible, el de la esfera pública

De acuerdo con Smith, tenemos la capacidad de interesarnos en la suerte de los otros porque está en la naturaleza humana. La teórica social Margaret Archer apoya esta tesis, argumentando que la acción no egoísta (*other-regarding action*) es crucialmente importante para la constitución de nuestras identidades como humanos, toda vez que «somos quienes somos por lo que nos preocupa: al delimitar nuestras preocupaciones últimas y concertar nuestras preocupaciones secundarias, también nos definimos a nosotros mismos».¹¹

El hecho de que este cuidado o preocupación pueda variar con la distancia no invalida el argumento básico; sencillamente refleja los límites de nuestra capacidad para preocuparnos por otros, que implica un actuar, en oposición a nuestra capacidad menos vinculante de mostrar interés por personas y cosas, que puede ser meramente cerebral. Explicitar nuestros valores éticos es uno de los prerrequisitos para un debate más sólido en torno a la teoría y la práctica del cuidado, un debate que acaso sea más fácil lograr con el «giro normativo» en las ciencias sociales.¹² Pero los sentimientos morales explican solo en parte por qué cuidamos de otros.

Otro fundamento moral del cuidado puede extraerse del concepto de ciudadanía ecológica.¹³ Partiendo del concepto fundacional de la huella ecológica —la cantidad de recursos naturales que usamos para mantener nuestros patrones de consumo— Dobson sostiene que las obligaciones que se desprenden de la ciudadanía ecológica son asimétricas, en parte porque estas expresan un modelo no recíproco. Es decir, «aquellos que ocupan un espacio ecológico de forma tal que comprometen o clausuran la posibilidad de otros en generaciones presentes o futuras para buscar opciones importantes para ellos, contraen obligaciones

¹¹ M. Archer, *Being Human: The Problem of Agency*, Cambridge University Press, Cambridge, 2000, p. 10.

¹² A. Sayer, *Why Things Matter: Social Science, Normativity and Values*, Cambridge University Press, Cambridge, 2010.

¹³ A. Dobson, «Ecological citizenship», texto presentado en la Annual Meeting of the Western Political Science Association, Portland, Oregon, 11 de marzo, 2004; copia compartida por el autor.

de la ciudadanía ecológica». ¹⁴ Los ciudadanos ecológicos de Dobson se preocupan porque «quieren hacer justicia». ¹⁵ Con todo, un crítico ha replicado que «la noción de ciudadanía ecológica de Dobson exige demasiado, en especial en la ausencia de cualquier discusión sobre el equilibrio que debe alcanzarse entre el legítimo “interés propio” y la preocupación por otros». ¹⁶

A pesar de sus deficiencias, el concepto de ciudadanía ecológica tiene sus méritos por cuanto pone de relieve nuestras obligaciones para con quienes, próximos o distantes, han explotado menos el espacio ecológico. Pero la ciudadanía ecológica puede albergar también el legítimo interés propio. Sea cual sea su motivación, la ciudadanía ecológica ofrece otra respuesta a la cuestión del porqué cuidamos: cuidamos a los otros porque ahí radica la sostenibilidad en un mundo ecológicamente interdependiente. El hecho de que la motivación de una parte de la ciudadanía ecológica responda más al interés propio ilustrado que a nociones desinteresadas de justicia social no menoscaba ni invalida el argumento básico. Por encima de todo, la ciudadanía ecológica tiene el potencial de trascender el tradicional binomio del yo frente a los otros porque ambos están expuestos, si bien de forma distinta, a los efectos nocivos del cambio climático, el desafío para la acción colectiva más formidable que encara el mundo. ¹⁷

En el siguiente apartado presentaremos diferentes estudios que muestran las tensiones y los caminos que se plantean a la práctica de la ciudadanía ecológica en el ámbito alimentario, distinto de cualquier otro sector en lo que respecta al desarrollo humano.

El consumo ético: local y ecológico, global y justo

Tratado invariablemente como un ente homogéneo, componente del “sector alimentario alternativo”, el horizonte ético alimentario en realidad consiste en un amplio abanico de productos, cada uno de los cuales adopta una serie de valores que afirma contribuyen positivamente a una o más de las siguientes causas: la salud humana, el medio ambiente, la economía local, los productores primarios pobres de los países del Sur, el bienestar de los animales y la biodiversidad. De todas estas certificaciones o etiquetas éticas, quizás las reivindicaciones más fuertes son las hechas con respecto a los productos ecológicos, locales y de comercio justo, que ocupan un lugar preponderante en la nueva economía moral de la

¹⁴ *Ibidem*, p. 13.

¹⁵ *Ibidem*, p. 15.

¹⁶ J. Barry, «Vulnerability and virtue: democracy, dependency and ecological stewardship», en B. Minteer, B. Taylor (eds.) *Democracy and the Claims of Nature*, Rowman and Littlefield, 2002, pp. 145 -146.

¹⁷ N. Stern, *op. cit.*, 2009.

alimentación.¹⁸ Ante las tensiones que han surgido recientemente en torno a estas etiquetas éticas, y en torno a las narrativas sobre las que se cimentan, es útil distinguir entre la narrativa local y ecológica (que incluye el etiquetado o sello de producto ecológico con una tonalidad verde más intensa) y la narrativa global que entreteteje los valores de justicia (que incluye la etiqueta Fairtrade así como un grupo de presión más amplio del comercio justo que aboga por políticas de desarrollo favorables a los pobres del Sur global). Dado que el concepto de desarrollo sostenible abarca múltiples valores –económicos y sociales tanto como ambientales– es difícil si no imposible darles a todos la misma consideración, especialmente cuando se trata de una etiqueta alimentaria.

Se evidencia la necesidad de una ética pública del cuidado si la comunidad internacional ha de enfrentar las amenazas contemporáneas a la integridad ecológica y la justicia social

La narrativa local y ecológica

Para muchos ecologistas, sostenibilidad es sinónimo de local. La elaboración del razonamiento suele plantearse como sigue: cuanto más local sea la cadena alimentaria, más ecológica será; cuanto más ecológica, más sostenible; y el comercio ecológico implica el comercio local. En términos más formales, los argumentos principales esgrimidos por la narrativa “local y ecológica” son de tres tipos: (i) que los sistemas alimentarios locales son los más sustentables en términos ecológicos, sobre todo porque conllevan menos kilómetros-alimento; (ii) que los alimentos de procedencia local conservan más nutrientes y por lo tanto son mejores para la salud humana; y (iii) que los sistemas alimentarios locales no sólo aportan un beneficio económico para la comunidad, también favorecen al capital social al ayudar a reconectar a los consumidores con los productores.¹⁹

En fechas recientes, la creciente preferencia de los consumidores por los productos alimenticios locales, unida a la progresiva conciencia pública del cambio climático, persuadió a los supermercados británicos de que era el momento propicio para convertirse en vendedores más ecológicos, restándole importancia al hecho de que su verdadero objetivo era desarrollar sus credenciales medioambientales como un arma competitiva en la batalla por la cuota de mercado. La cadena británica Marks & Spencer fue la primera en anunciar medidas para reducir su huella de carbono, dando a conocer a principios de 2007 su Plan A, cuya

¹⁸ K. Morgan *et al.*, *op. cit.*, 2006.

¹⁹ B. Born, M. Purcell, «Avoiding the local trap: scale and food systems in planning research» *Journal of Planning Education and Research*, 26, 2006, pp. 195-207.

principal meta era que la empresa alcanzara la neutralidad en emisiones de carbono para el año 2012. Entre otras cosas, esto implicaba reducir los alimentos transportados por vía aérea provenientes del extranjero y comprar más productos locales.²⁰ Para no ser menos, la cadena minorista Tesco trató de ir un paso más allá, indicando que introduciría etiquetas de carbono en cada uno de sus 70.000 productos e intentaría reducir su transporte aéreo a menos del 1% de sus productos.²¹ Como parte de estas nuevas estrategias para disminuir la emisión de carbono, ambas compañías anunciaron planes para introducir etiquetas de impacto medioambiental –que llevarían la leyenda “transportado por vía aérea”– para alertar a los consumidores sobre las mercancías que habían sido trasladadas por ese medio. Lo que añadió más peso a la campaña contra los productos transportados por vía aérea fue la noticia de que la Soil Association (SA), el principal organismo de certificación orgánica en el Reino Unido, llevaría a cabo un ejercicio de consulta para determinar si debía introducir una prohibición parcial o total de tales productos en beneficio de los alimentos ecológicos producidos localmente.²²

Estas medidas provocaron una furiosa respuesta de los cabilderos internacionales para el desarrollo tanto dentro como fuera del Reino Unido, que aseguraban que el falaz concepto de “millas-alimento” estaba siendo invocado para perjudicar a los agricultores pobres del mundo en desarrollo. Otros críticos argumentaron que el “giro ecológico” emprendido por los supermercados constituía un “secuestro ético” en el cual las grandes compañías agroalimentarias buscaban apropiarse de términos tan valiosos como “local” y “de temporada” al “aplicarlos a productos y prácticas que creemos no merecen dichas credenciales éticas ni medioambientales”.²³

A pesar de los potenciales beneficios de los sistemas alimentarios locales, recientemente se ha formulado una crítica teórica al resaltar los peligros de la llamada “trampa local”, que alude a la tendencia de los activistas e investigadores de asumir que la escala local está inherentemente (y acriticamente) asociada con atributos positivos;²⁴ pero los atributos socialmente positivos de los alimentos locales han de demostrarse más que presuponerse.²⁵ Nada ilustra mejor los peligros de la trampa local que el concepto de kilómetros-alimento,

²⁰ Marks & Spencer, «M&S launches Plan A», Marks & Spencer, Londres, 2007.

²¹ T. Leahy, «Green grocer? Tesco, carbon and the consumer», intervención en el Forum for the Future, London, 18 January; copia disponible en Forum for the Future, 2007.

²² SA, Soil Association, «Should the Soil Association tackle the environmental impact of air freight in its organic standards?», mayo, 2007.

²³ Sustain, *Ethical Hijack: Why the Terms 'Local', 'Seasonal' and 'Farmers' Market' should be Defended from Abuse by the Food Industry* Sustain, 2008, Londres, p. 1.

²⁴ B. Born y M. Purcell, *op. cit.*, 2006.

²⁵ D. Goodman, «Rural Europe redux? Reflections on alternative agro-food networks and paradigm change», *Sociologia Ruralis* 44, pp. 3-16, 2004. C. Hinrichs, «The practice and politics of food system localization», *Journal of Rural Studies* 19, 2003, pp. 33-45; K. Morgan *et al.*, *op. cit.*, 2006.

que ha capturado la imaginación del público a pesar de la falta de rigor científico.²⁶ El hecho de que las millas-alimento sean popularmente comprendidas como una medida de la huella de carbono de un producto ilustra las deficiencias de ese término como concepto.

Los atributos positivos de los alimentos locales (la presunción de que no revisten un coste social) no son los únicos que han sido puestos en entredicho, también son rebatidos los supuestos beneficios de los alimentos ecológicos.

La Soil Association, un organismo certificador británico y defensor de la alimentación y la agricultura orgánicas, formula cinco reivindicaciones en nombre del etiquetado ecológico: (a) requiere menos energía; (b) tiene mayores niveles de minerales y vitaminas; (c) es más amable con los animales; (d) es mejor para la vida silvestre; y (e) está libre de transgénicos.²⁷ De todas estas afirmaciones, la que ha enfrentado el mayor escepticismo es la relativa a las propiedades nutricionales. Por ejemplo, de acuerdo a un estudio independiente basado en datos obtenidos en los últimos cinco años, la Food Standards Agency (FSA) del Reino Unido aseveró que «no hay diferencias importantes en el contenido nutricional de los alimentos ecológicos en comparación con los alimentos producidos de forma convencional».²⁸

Además de estas proclamas nutricionales, la SA también busca posicionar a la etiqueta ecológica al frente de la campaña contra el cambio climático. Pretender ser la etiqueta alimentaria más respetuosa con el clima no es una tarea sencilla cuando casi un tercio de todos los alimentos ecológicos vendidos en el Reino Unido es importado del extranjero. Se pensó que la globalización de la etiqueta ecológica había comprometido su imagen respetuosa del medio ambiente, de la misma forma en que en Estados Unidos la «convencionalización» de la agricultura orgánica había puesto en entredicho su imagen de amigable con los trabajadores.²⁹ Para proteger la integridad ética de la marca ecológica la SA lanzó su consulta sobre los productos transportados por vía aérea en mayo de 2007, un proceso que derivó en la decisión de cambiar las normas de la organización para garantizar que los productos ecológicos sólo pueden ser transportados por vía aérea si cumplen la normativa del esquema Ethical Trade de la propia SA o el estándar de la Fairtrade Foundation.³⁰ Sin embargo, la consulta fue muy polémica porque los esfuerzos para tranquilizar a los consumidores ecológicamente responsables que estaban preocupados por los kilómetros-alimento, habían alienado a la comunidad internacional para el desarrollo, preocupada por las conse-

²⁶ J.N. Pretty, A.S. Ball, T. Lang y J. I. L. Morison, «Farm costs and food miles: An assessment of the full cost of the UK weekly food basket», *Food Policy*, 30, 2005, pp. 1-19.

²⁷ SA, Soil Association, «Five reasons to choose organic», May (SA, 2009)

²⁸ FSA, «Agency emphasises validity of organic review», 7 de agosto, Food Standards Agency, Londres, 2009, p. 1.

²⁹ J. Guthman, *Agrarian Dreams: The Paradox of Organic Farming in California*, University of California Press, Berkeley, CA, 2004.

³⁰ SA, Soil Association, «Ensuring limited organic air freight is fair and ethical», Press Release, 6 March, 2008.

cuencias sociales que la medida acarrearía para los productores pobres. Algunos miembros de la SA acaso se pregunten si el daño a su imagen pública valió la pena, sobre todo cuando la gran mayoría de las importaciones de alimentos orgánicos llega por mar, y el transporte aéreo representa tan sólo el 1% de las importaciones de alimentos ecológicos.³¹

La narrativa global y justa

Para la comunidad que investiga el desarrollo internacional, la sostenibilidad significa globalización con rostro humano. Una cadena alimentaria más justa y sostenible significa que los mercados del Norte están verdaderamente abiertos a los productores del Sur global. El comercio justo implica, pues, un comercio más global. Si para la narrativa *local y ecológica* la dimensión medioambiental del desarrollo sostenible ocupa un primer plano, para esta otra narrativa la dimensión social y la dimensión económica son centrales.

Desde una perspectiva global y basada en la justicia, una de las características más llamativas del debate sobre el desarrollo sostenible en los países ricos del Norte global es la presuposición de que la globalización es un fenómeno en gran medida negativo. Pero muchos países pobres del Sur global tienden a verlo de otra manera. Por ejemplo, uno de los objetivos de la Nueva Alianza para el Desarrollo de África, un marco estratégico adoptado por los estados africanos en 2001, es «evitar la marginación de África en el proceso de globalización y conseguir su integración plena y provechosa en la economía mundial».³² Si bien, invariablemente, la globalización se reduce e identifica con el neoliberalismo, en realidad puede adoptar formas positivas o negativas. En la medida en que adopta una postura a favor de los pobres en el comercio, el desarrollo y el cambio climático, por ejemplo, la globalización puede ser una fuerza positiva para el cambio. Pero adoptar una postura en beneficio de los pobres no es cosa fácil, como lo demuestra la falta de progreso en la Ronda de Doha, los Objetivos de Desarrollo del Milenio, y el protocolo de Kioto sobre el cambio climático.³³

En ausencia de un sistema comercial más justo,³⁴ los esquemas de comercio justo intentan llenar el vacío. En el Reino Unido, las ventas de productos con la certificación Fairtrade ascendieron a casi 500 millones de libras en 2007. En menos de quince años, el sistema de certificación y etiquetado Fairtrade se ha convertido en una de las historias exitosas de cambio social en el Reino Unido, aunque su impacto se limita a una pequeña minoría de productores de países en desarrollo. Según la Fundación Fairtrade, esta ha forjado «una

³¹ *Ibidem*.

³² K. Morgan, T. Bastia, Y. Kanemasu, *Home Grown: The New Era of School Feeding*, World Food Programme, Rome, 2007, p. 10.

³³ K. Morgan *et al*, *op. cit.*, 2006.

³⁴ K. Watkins, «Reducing poverty starts with fairer farm trade», *Financial Times*, 2 de junio, 2003.

excepcional alianza para el cambio entre millones de productores de países pobres y consumidores de países ricos. Ha proporcionado un modelo viviente de comercio que funciona en el mercado convencional y, sin embargo, desafía sus reglas injustas».³⁵

Lejos de ser un acuerdo puramente materialista, la alianza entre los productores de los países pobres y los consumidores de los países ricos evidencia el crecimiento de una “economía moral transnacional” en la que los vínculos de alto contenido moral son «forjados *semióticamente* a través de las narrativas discursivas y visuales que saturan estos alimentos con *significados* éticos y politizados destinados a ser leídos por los consumidores».³⁶ De hecho, el crecimiento del comercio justo como una «economía moral transnacional» es quizás la expresión más palpable de una nueva ética del cuidado hacia “desconocidos distantes”, si bien algunos ecologistas nunca se sintieron cómodos con este énfasis en el comercio internacional, y a consecuencia de ello, el comercio justo y el comercio ecológico eran de alguna manera mutuamente excluyentes.

Estas tensiones aparecieron explícitamente en el contexto de la disputa sobre el etiquetado de la huella del carbono, cuando los investigadores del International Institute for Environment and Development (IIED) participaron activamente en el debate afirmando que el concepto kilómetros-alimento pasa por alto los beneficios sociales y económicos del comercio de alimentos, en particular de los alimentos procedentes de países en desarrollo. Una amplia variedad de frutas y hortalizas frescas se importa al Reino Unido desde los países de África subsahariana y se estimó que este comercio transportado por vía aérea representa menos del 0,1% de las emisiones totales de carbono del Reino Unido. Asimismo, este comercio revestía considerables beneficios sociales y económicos para las comunidades rurales pobres de África, totalizando cerca de 200 millones de libras al año. Y al tomar en cuenta a los dependientes y los proveedores de servicios, la investigación del IIED determinó que los medios de vida de entre 1 y 1,5 millones de personas dependen en parte de esta cadena de suministro de frutas y hortalizas frescas. Aunque quedan cuestiones pendientes por resolver –como las enormes cantidades de agua que el Reino Unido está “importando” como resultado de este comercio– el IIED concluyó diciendo que no hay necesidad de que las campañas que se hacen en los países desarrollados en pro de los alimentos locales «actúen en contra de los intereses de los países en desarrollo» ya que, cuando el grado de daño se pone en el contexto de las modestas demandas de África sobre el “espacio ecológico”, los beneficios priman sobre los costos.³⁷

³⁵ Fairtrade Foundation, «Tipping the balance: the Fairtrade Foundation’s vision for transforming trade, 2008-2012», The Fairtrade Foundation, Londres, 2008, p. 11; M. K. Goodman, «Reading fair trade: political ecological imaginary and moral economy of fair trade foods», *Political Geography* 23, 2004, pp. 891-915.

³⁶ M. K. Goodman, *op. cit.*, 2004, p. 893, cursivas originales.

³⁷ J. MacGregor, B. Vorley, «Fair miles? The concept of “food miles” through a sustainable development lens», International Institute for Environment and Development, Londres, 2006, p. 2; véase también B. Garside, J. MacGregor, B. Varley, «Miles better? How “fair miles” stack up in the sustainable supermarket», International Institute for Environment and Development, Londres, 2007.

Al criticar el concepto de kilómetros-alimento desde una perspectiva social y económica, y plantear en su lugar el concepto de “kilómetros justos”, los investigadores del IIED ofrecieron un certero análisis de las cuestiones cardinales en la disputa sobre el etiquetado de la huella de carbono, destacando la posibilidad de una alianza política gradual entre los grupos de presión que defienden la dimensión local y ecológica y los que abogan por un planteamiento global basado en la justicia social. El paso más importante en términos conceptuales para que dicha alianza prospere es que ambos grupos de presión reconozcan que un sistema alimentario sostenible, lejos de ser enteramente local o global, puede ser más híbrido y cosmopolita de lo que ambas partes hubieran podido imaginar hasta ahora. Lo que se necesita aquí es una interpretación más amplia de la sostenibilidad, que recurra a una multiplicidad de valores, y esa es precisamente la vía que han intentado explorar quienes han planteado reformas desde las políticas públicas en materia de alimentación y en concreto del mundo aparentemente trivial de los comedores escolares.

La negociación de narrativas en el ámbito público: ¿asistimos al surgimiento de sistemas alimentarios sostenibles?

Uno de los puntos clave del análisis anterior es que sostenibilidad no es necesariamente sinónimo de lo local cuando se trata de diseñar sistemas alimentarios sostenibles. Por el contrario, un sistema sostenible puede, en principio, derivarse de una combinación de productos alimenticios de origen tanto local como global, dándole a la sostenibilidad un carácter espacial híbrido y cosmopolita. Un ejemplo práctico de este punto emana de la reciente reforma en los comedores escolares, un servicio que es generalmente visto como la prueba de fuego para el compromiso de la sociedad con el desarrollo sostenible, ya que atiende al bienestar nutricional de las niñas y niños pequeños y vulnerables. Se está produciendo una nueva ola de reformas en los comedores escolares tanto en los países desarrollados como en los países en desarrollo, encaminadas a corregir diferentes modalidades de obesidad y de hambre y convertirse en un vehículo para el desarrollo sostenible.

El servicio de comedores escolares en los países en desarrollo ha dependido excesivamente de los proyectos a cargo de las agencias de cooperación internacionales. El mayor de ellos es el Programa Mundial de Alimentos de la ONU (PMA), que proporciona almuerzos escolares gratuitos como un incentivo para que los niños de familias pobres asistan a la escuela. Además de sus operativos de ayuda de emergencia, el PMA ha participado activamente en el lanzamiento del programa Home-Grown School Feeding (HGSF) de alimentación escolar a base de productos locales, que marca una nueva era en la alimentación escolar en los países en desarrollo. La radicalidad del programa reside en el hecho de que tiene como objetivo tres aspectos positivos: además de los beneficios para la educación y la salud asociados a los programas convencionales de alimentación, el programa HGSF también

busca lograr beneficios en materia de desarrollo mediante el uso de alimentos producidos localmente en lugar de alimentos importados del extranjero.

A pesar de que los artífices del programa HGSF lo vieron como una iniciativa de “efecto rápido” en la carrera hacia los Objetivos de Desarrollo del Milenio –pues abordaba los múltiples objetivos del hambre, la educación, la igualdad de género y el desarrollo– el programa no ha resultado ni rápido ni sencillo. En pocas palabras, sus creadores subestimaron seriamente el reto que encarna este nuevo modelo de alimentación escolar por cuanto implica mucho más que las comidas en la escuela. Para que pueda aplicarse con éxito, el programa HGSF necesita crear estructuras de gobernanza sólidas y transparentes para proporcionar un marco para la acción colectiva. Debe establecer recursos financieros exclusivos para permitir que la iniciativa sobreviva a las vicisitudes del ciclo electoral. Y tendrá que utilizar el poder de compra para nivelar la oferta y la demanda. En todas estas acciones, tendrá que mantener a raya la corrupción dentro del Estado, y fuera del Estado habrá de conseguir el apoyo de la sociedad civil y del sector privado. Lejos de gravitar alrededor de los alimentos escolares, el programa HGSF encarna todo el drama del desarrollo en un microcosmos y es por eso que requiere un mayor compromiso local de los gobiernos en los países en desarrollo y un mayor compromiso global de la comunidad internacional de donantes.³⁸ La aparición del programa HGSF demuestra que el interés por los sistemas alimentarios locales y sostenibles no se limita a los países desarrollados del Norte global.

En el mundo desarrollado uno de los pioneros de la reforma alimentaria escolar fue la ciudad de Roma, que introdujo la primera etapa de su “revolución de la calidad” en 2001. Originalmente justificada por razones de justicia social, para que todos los niños tuvieran acceso a alimentos de buena calidad independientemente de la renta, el proceso de la reforma romana de los alimentos escolares se ha inspirado progresivamente en la noción de sostenibilidad, que abarca ingredientes tanto locales como globales. Para asegurarse de que los productos de comercio justo formen parte del sistema de los comedores escolares, el órgano licitante romano concede puntos a los proveedores que ofrezcan estos productos. Del mismo modo, para garantizar que se ofrezcan productos de origen local, la licitación concede importancia en sus requisitos a la “frescura garantizada” de los alimentos.³⁹ Para complementar las licitaciones innovadoras destinadas a proveedores locales, se han diseñado programas de educación alimentaria muy imaginativos dirigidos a los niños. Por ejemplo, el programa Cultura che Nutre (Cultura que Alimenta) ayuda a los niños a apreciar las ventajas de la estacionalidad y la territorialidad, conceptos que se utilizan para ilustrar los vínculos culturales entre los productos y los lugares.⁴⁰

³⁸ K. Morgan, R. Sonnino, *The School Food Revolution: Public Food and the Challenge of Sustainable Development*, Earthscan, Londres, 2008; K. Morgan, T. Bastia, Y. Kanemasu, *op. cit.*, 2007.

³⁹ R. Sonnino, «Quality food, public procurement, and sustainable development: the school meal revolution in Rome», *Environment and Planning* 41, 2009, pp. 425-440.

⁴⁰ K. Morgan y R. Sonnino, *op. cit.*, 2008.

Otras ciudades también están incorporando estos valores a través de una gran variedad de estrategias alimentarias urbanas donde las narrativas local, global, ecológica y de comercio justo se combinan y son negociadas por las autoridades locales, la sociedad civil y los socios privados.⁴¹ Londres, por ejemplo, ha puesto en marcha una ambiciosa estrategia alimentaria urbana a favor de una alimentación sana y sostenible en la ciudad, uno de cuyos pilares es la comida escolar. Reflejando su estatus de ciudad global, con una mayor diversidad étnica que quizás cualquier otra urbe en el mundo, la estrategia reconoce que la necesidad «de tener acceso a alimentos culturalmente adecuados significa que la capacidad que tienen los alimentos “locales” para satisfacer las necesidades de Londres puede ser limitada».⁴² Dado el carácter internacional de la alimentación escolar en barrios étnicamente diversos, como Greenwich –donde se hablan más de 100 idiomas–, lo que predomina no son los alimentos locales *per se* sino un localismo cosmopolita, es decir, ingredientes producidos en el país en platos nacionales de todo el mundo, que se complementan con frutas y chocolate con sello de comercio justo.⁴³

Los casos de Roma y Londres son aleccionadores porque muestran que es posible una política del lugar (*politics of place*) en la que las obligaciones locales y globales no se juxtaponen como alternativas mutuamente excluyentes. A través del ejemplo aparentemente trivial de la reforma alimentaria de los comedores escolares, podemos ver cómo los organismos públicos están tratando de cumplir con las obligaciones que tienen para con las personas y los lugares tanto cercanos como remotos utilizando el poder de compra para promover los productos de procedencia local y global.

Conclusiones

Hemos defendido aquí que los valores asociados al horizonte ético alimentario pueden adoptar formas divergentes a menos que se avengan en una narrativa coherente y progresiva del desarrollo sostenible. Recurriendo a la filosofía moral y a la teoría ecológica, se adujo que el consumo ético, aun cuando encarna una ética privada del cuidado, no basta para contrarrestar la inminente amenaza del actual desarrollo insostenible. Ilustramos estas tensiones a través de la controversia del etiquetado de carbono, que puso de relieve el conflicto potencial entre los activistas ecológicos (que están a favor de los alimentos cultivados localmente) y los activistas de la justicia social (que apoyan los alimentos de comercio justo). Con todo, los ejemplos extraídos de la reforma alimentaria en las escuelas nos han servido

⁴¹ Véase la edición especial de *International Planning Studies* sobre *Urban Food Planning*, 2013 <http://www.tandfonline.com/doi/full/10.1080/13563475.2012.752189>

⁴² Mayor of London, «Healthy and sustainable food for London: the Mayor's food strategy», mayo, Mayor of London, City Hall, Londres, 2006, p. 30.

⁴³ K. Morgan y R. Sonnino, *op. cit.*, 2008.

para demostrar que los alimentos locales y los de comercio justo, lejos de ser opciones mutuamente excluyentes, pueden ser parte de un sistema alimentario sostenible cuando estos últimos se conciben en términos cosmopolitas. Estas cuestiones suscitan preguntas apremiantes acerca de la política del cuidado, y revelan la necesidad de una nueva ética pública del cuidado si la comunidad internacional ha de enfrentar las amenazas contemporáneas a la integridad ecológica y a la justicia social.

Es decir, aunque el consumo ético constituye una reacción loable de los consumidores al problema del desarrollo insostenible, sólo puede ser una pequeña parte de la respuesta.⁴⁴ Mucho más importante es la movilización del poder político a nivel nacional e internacional en apoyo de los modelos sostenibles de desarrollo en los países desarrollados así como en los países en desarrollo. Una nueva política del cuidado ayudará a acelerar este proceso, sobre todo si el cuidado (la preocupación por los demás) es reconocido como un discurso público para los ciudadanos y no sólo como un discurso privado para los consumidores, pues el consumo ético, aun siendo un componente importante del desarrollo sostenible, nunca podrá suplir las acciones de los ciudadanos ecológicos que trabajan en colaboración con gobiernos “verdes” dentro y fuera de sus fronteras para incorporar el desarrollo sostenible.

⁴⁴ G. Seyfang, «Ecological citizenship and sustainable consumption: examining local organic food networks», *Journal of Rural Studies* 22: 2006, pp. 383-395.